

## 2. POR UNA SOCIOLOGÍA ETNOGRÁFICA\*

*Hugo José Suárez\*\**

### CUATRO TENSIONES

Son las que descubrí cuando empecé mi doctorado en Sociología en la Universidad Católica de Lovaina; se me atravesaron varios dilemas no fáciles de administrar. Quizá la primera era un contrapunto entre mi deseo de hacer un trabajo normativo que recupere la experiencia de la teología de la liberación en Bolivia y les devuelva un lugar preponderante a los actores que en los años setenta del siglo pasado fueron claves para esta corriente político-religiosa, *versus* concentrarme en explicar y comprender el proceso que se había vivido en esos años. En el fondo lo que estaba en juego era un tema nada nuevo en mi disciplina: la subjetividad del investigador.

En mis primeras clases, mi tutor, un especialista en metodología, me enseñó a analizar textos con obsesiva rigurosidad. Él había creado el método de análisis estructural de contenido —que luego yo lo utilicé por varios años—, por lo que sabía bien de qué hablaba. El problema era que para mí no era fácil pasar por el microscopio mis materiales, pues se trataba de oraciones o escritos que yo uti-

\* Escribo estas notas evocando la extraordinaria prosa de Luis González y González (particularmente en *El oficio de historiar* (1995), como un homenaje al historiador michoacano.

\*\* Investigador titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. Doctor en Sociología por la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores, nivel 3. Autor de *Creyentes urbanos* (2015), *Un sociólogo vagabundo en Nueva York* (2015), *Ver y creer* (2012), *Tertulia sociológica* (2009).

lizaba para mi propia vida espiritual. Pero mi profesor fue contundente: “esos textos deben ser analizados como si fueran una publicidad más”. Y tenía toda la razón. Seguramente sólo por seguir su consejo fue que logré titularme como doctor en Sociología con una tesis que no se convirtió en un manifiesto sino en un trabajo científico. Es cierto que yo tenía una trayectoria de militante que de muchas maneras me impedía una necesaria distancia con el proceso analítico. Entonces, las más de 300 páginas escritas están redactadas desde la trinchera del análisis estructural, refugiado en ese instrumento para cuidarme de mí mismo, de mis propias “prenotaciones” y de mi tentación de dar un trato político-espiritual a mis materiales. Fue un amplio esfuerzo por camuflar al Hugo José; sólo en las conclusiones pude soltar un párrafo que empezaba diciendo: “por último, si se me permite...”, y manifestaba mi admiración por los personajes estudiados.

Sin embargo, la pregunta sobre qué hacer con mi subjetividad como investigador seguía ahí. Acudir al uso sistemático y riguroso de un método me ayudaba, pero no eliminaba la tensión.

En una investigación posterior que también me tomó varios años, el entusiasmo militante no fue una preocupación. Me puse a observar las orientaciones religiosas en una colonia popular en la Ciudad de México y tuve que entrevistar a cuanto creyente puede. Pasaron por mi grabadora desde cristianos progresistas hasta devotos de la Santa Muerte o católicos conservadores. A todos los veía con prudente distancia, no me sentía ni atraído ni especialmente distante con ninguno; dicho en términos de Weber, no tenía oídos para la religión, pero sí para la sociología de la religión. Era el observador perfecto. La estrategia metodológica fue diversa, desde fotografías hasta una encuesta. Ahora era el sociólogo que administraba sin dificultad sus pasiones y posiciones, y claro, el producto fue bien recibido y científicamente correcto; me permitió construir mi carrera institucional y cosechar reconocimiento académico. Y sin embargo, la pregunta sobre mi propia subjetividad seguía presente.

Una segunda tensión que también se develó desde mis primeros años doctorales fue la escritura. En Lovaina, a diferencia de otros contextos universitarios, las tesis de sociología eran muy técnicas, extensas, redactadas pensando en el comité de tesis que te iba a examinar. Pocos eran los trabajos que de ahí pasaban a ser un libro de mayor difusión, pues normalmente los colegas utilizaban su

manuscrito como una fuente para reelaborar años más tarde un texto con otras características, pero el esfuerzo de la tesis misma era para convencer e impresionar a los siete miembros del Jurado —con mayúscula. La idea era que el documento tenía que estar técnicamente impecable, armado y presentado con la rigurosidad que amerita la argumentación sociológica. Nunca se ponía la pregunta de quién sería el lector; el público ya estaba predeterminado: el jurado, los colegas, los profesores, los estudiantes.

Yo venía de una práctica de escritura periodística con pretensiones narrativas, así que me fue difícil ajustar mi pluma a un lenguaje técnico con poca elegancia y mucha precisión. Y logré hacerlo con relativo éxito. Aprendí a escribir no sólo una tesis que convenció a mi tribunal tanto en su argumento como en su forma; escribí artículos científicos —siempre en tercera persona— en revistas prestigiosas de distintos lados y libros que pasaron por todos los dictámenes académicos que aseguraban —o pretendía hacerlo— su valor científico. Pero me quedaba el escozor por escribir de otra manera sin hacer literatura, o de hacer sociología por un camino distinto.

La tercera cuestión no era menor: lo político. Vengo de una tradición donde el intelectual un día es analista y estratega político, luego redacta un artículo de periódico y después da clases. Mi padre, sociólogo asesinado en la dictadura en 1981 en Bolivia, encarnaba esa posición. Su preocupación por lo público lo llevaba a dar clases, a tener encuentros con estudiantes que investigaban algún tema sociológicamente, a participar en una reunión de un partido político de izquierda, a gritar en una marcha reclamando democracia, o a escribir en el periódico con regularidad. Y como él, una colectividad de intelectuales en el sentido amplio del término que transitaban entre la política y la sociología con naturalidad.

Nuevamente en mi trabajo de tesis, pero también en mis escritos posteriores, se entretrejía mi necesidad de intervención política —cargada con mi propia historia— en mi reflexión científica. Tenía claro que no quería convertirme en un “profeta social” del grupo que estudio —como advierte Bourdieu—, pero tampoco sabía qué hacer. Por último, para complicar un poco más el asunto, estaba mi atracción por la fotografía. Alguna vez incluso pensé en dejar la vida universitaria y dedicarme sólo a lo visual. Desde la licenciatura hasta hoy no he dejado la cámara, ha sido una amante constante pero

—como toda amante— de distintas intensidades de acuerdo con las circunstancias.

Estas cuatro tensiones me llevaron a construir cuatro carriles casi desconectados en mi producción: lo científico (en revistas especializadas y libros universitarios), lo narrativo (en artículos periodísticos y suplementos culturales), lo político (documentos, manifiestos, artículos periodísticos), lo visual (exposiciones, publicaciones). En algunas ocasiones logré construir puentes: publiqué un libro sobre sociología visual, alguno sobre la cuestión política en Bolivia utilizando datos y análisis sociológicos, eventualmente algún ensayo fotográfico resultado de una investigación académica. Pero los desfases no estaban resueltos, o más bien eran una fuente de reflexión fecunda sobre mi quehacer intelectual, hasta que tuve la ocasión de realizar...

### TRES EJERCICIOS DISRUPTIVOS

Que, de alguna manera, fueron acercando mis caminos paralelos o, al menos, me obligaron a resolver algunos temas sobre la marcha. Coordiné un libro de sociólogos en el cual invitaba a los colegas a escribir sobre su propia trayectoria académica.<sup>1</sup> Cuando escribía mi capítulo tuve que dar cuenta de las varias dimensiones de mi vida que fueron influyendo en mis decisiones e incluso preguntas científicas. Ser estudiante no es lo mismo que ser padre, ser extranjero latinoamericano en Europa no es ser boliviano en México, ser profesor de una materia no es tener “definitividad” y ser “investigador titular de carrera y de tiempo completo” en una institución de prestigio. En suma, tuve que repasar mi trayectoria humana e ir la vinculando con mis maneras de observar, mi forma de investigar, la naturaleza de mis inquietudes científicas. Todo me llevó a descubrir que, tras el político, el sociólogo, el fotógrafo, estaba una persona. El texto lo escribí, claro, en primera persona.

Luego me llegó una generosa invitación que me abrió nuevas rutas metodológicas. Resulta que estaba en una estancia sabática en Nueva York y una amiga me convocó a colaborar en un libro co-

<sup>1</sup> Hugo José Suárez y Kristina Pirker (comps.), *Sociólogos y su sociología. Experiencias en el ejercicio del oficio en México*, México, IIS-UNAM, 2014.

lectivo, con un capítulo sobre la fiesta en la colonia El Ajusco, donde acababa de hacer mi investigación. Durante seis años estuve observando ese lugar, tomé miles de fotos, realicé decenas de entrevistas, participé en múltiples eventos y escribí varios libros y artículos. Pero resulta que no había trabajado con cuidado y detenimiento sobre la fiesta. Mis instrumentos metodológicos, útiles y pertinentes para muchas cosas, habían dejado de lado algo tan fundamental. El desafío era complejo pues no vivía en México, sin embargo, lo acepté a pesar de sus dificultades.

Lo primero que tuve que hacer fue volver a recorrer todos mis escritos, pero no los publicados sino mis notas de campo, las entrevistas, las fotografías, los cuadros, es decir, todo lo que se quedó en la gaveta de extras no utilizados. Y descubrí que tenía un inmenso material que no había entrado en ninguna encuesta, en ningún análisis de contenido. Me acerqué a la etnografía como compañera analítica y empecé a reordenar los datos en lugares significativos. Me percaté de algunos vacíos que llené con nuevas observaciones hechas a la distancia, y pude ver que tenía suficiente información para entender el rol de la fiesta y describir sus mínimos detalles. Escribí libre de formatos acartonados, me sumergí en las fiestas y organicé mis observaciones en una narración atractiva que permitiera dar cuenta de este evento. Casi sin darme cuenta, estaba haciendo etnografía, o algo parecido.<sup>2</sup>

Por último, estando en Nueva York por un año en agosto de 2013, me puse como tarea escribir un libro. Así, difuso, general, borroso, sin una agenda formal, una pregunta y mucho menos un “proyecto”. No tenía nada claro, salvo que iba a tratarse de una especie de “cuaderno de notas” donde cupiese todo lo que se me ocurriera. Y así fue. Durante todo el año salí a la calle a caminar y mirar, tomar notas y fotos. Dejé que la sorpresa me condujera, que el azar se convirtiera en un lugar epistemológico, que la intuición guiara mi mirada, y que el placer manejara la pluma. Escribí sobre todo lo que llamaba mi atención, desde la gran conferencia escuchada en la Universidad de Columbia hasta la charla con padres de familia en la escuela de mis hijas. Muchos episodios quedaron registrados:

<sup>2</sup> Hugo José Suárez, “La fiesta religiosa popular en la ciudad”, en Enrique Florescano y Bárbara Santana (coords.), *La fiesta mexicana*, Ciudad de México, FCE, 2016.

el día de compras en la tienda Ikea, la visita al Memorial de las Dos Torres, los candados del Puente de Brooklyn, el café saboreado frente al extinto Café Figaro en el Greenwich Village, el paseo en el metro, la comida en la Grand Central, etcétera. Dejé fluir la experiencia y la escritura. Y mientras tanto, leía compulsivamente a sociólogos que me llamaban la atención, antropólogos interesantes, estudios etnográficos. Charlaba con quien podía sobre esos temas, tomaba notas y no dejaba de pensar en lo que estaba experimentando.

El texto resultante fue tal vez uno de los más transparentes de toda mi producción.<sup>3</sup> No puse ninguna barrera a mi reflexión sociológica, mi experiencia como padre en un parque de niños, mi manera de caminar en la ciudad sin saber inglés, mi posición política sobre la sociedad estadounidense. Todo acompañado de imágenes. Las fronteras se diluían. Y entre lecturas y observaciones cotidianas descubrí autores —algunos nuevos, otros redescubiertos— que me enseñaron otra ruta más para hacer otra sociología. Me sumergí en las maneras de ver y pensar de Michael Taussig,<sup>4</sup> de analizar la otredad de Joao Biehl,<sup>5</sup> de escribir sobre lo urbano de Sudhir Venkatesh,<sup>6</sup> de reflexionar sobre la “serendipia” de Sylvie Catellin,<sup>7</sup> o la deliciosa sociología de Richard Sennett.<sup>8</sup> Le volví a dar un nuevo valor a la memoria, a la sorpresa, a la cotidianidad, a detener la mirada. Y empecé a transitar por un nuevo camino, que se materializó en un acercamiento a la etnografía y a un nuevo proyecto de investigación especialmente atrevido para mí: estudiar mi barrio de infancia, San Miguel, en La Paz. Por supuesto que eso implicaba tomarme en serio mis recuerdos, mi rabia por las transformaciones y su sistemática destrucción, y equilibrarlas con mi ca-

<sup>3</sup> Hugo José Suárez, *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*, La Paz, Editorial 3600, 2015.

<sup>4</sup> Michael Taussig, *I Swear I Saw This. Drawing in Fieldwork Notebooks, Namely my Own*, Chicago, University of Chicago Press, 2011.

<sup>5</sup> Joao Biehl, *Vita. Life in a Zone of Social Abandonment*, California, University of California Press, 2005.

<sup>6</sup> Sudhir Venkatesh, *Floating City*, Nueva York, The Penguin Press, 2013.

<sup>7</sup> Sylvie Catellin, *Sérendipité. Du conte au concept*, París, Seuil, 2014.

<sup>8</sup> Richard Sennett, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza, 1994.

pacidad de mantener cierta distancia comprensiva. Y empecé a escribir una nueva historia que me hizo descubrir...

### CHICAGO DESDE NUEVA YORK

Leyendo las enseñanzas de William Foote Whyte en su libro *La sociedad de las esquinas*. Llegué a él por la recomendación de una amiga y colega que me lo sugirió luego de pedirle referencias para hacer un estudio socioetnográfico sobre la cuestión urbana. Originalmente el libro fue editado en 1943 por la Universidad de Chicago, y luego tuvo numerosas reimpresiones. En castellano lo publicó la Editorial Diana de México en 1971. Que yo sepa, lamentablemente no fue reimpresso. Me detengo en dos apartados que me parecen especialmente reveladores: la introducción y el último titulado "Sobre la evolución de la 'sociedad de las esquinas'".

El libro es una investigación sobre las pandillas y la violencia en un barrio popular de italianos en Estados Unidos, en un momento de particular estigmatización de su población por su origen y el clima de tensión política internacional. Los medios de prensa daban noticias que construían la imagen de un lugar acorde a sus intereses, pero en verdad decían muy poco de lo que realmente pasaba. Whyte sugiere que para comprender realmente lo que sucede hay que sumergirse en la vida cotidiana, "sólo se puede responder a preguntas particulares cuando se ha entendido la estructura de una sociedad y sus patrones de acción".<sup>9</sup> Se trata entonces no de sacar conclusiones rápidas, sino más bien de profundizar en el estudio de las lógicas locales.

La sugerencia de Whyte es sumergirse en la dinámica de los grupos que se quiere estudiar, fijar la mirada en "gente particular y observar las cosas que hacen",<sup>10</sup> los comportamientos generales son importantes pero sólo se los puede explicar a través del examen de las acciones individuales. Con esa idea en mente, el autor se va a vivir al barrio por años y busca insertarse en las dinámicas internas.

Por supuesto que esta opción tiene sus propios riesgos y exigencias, sobre las cuales el sociólogo reflexiona en la última parte de su

<sup>9</sup> William Foote Whyte, *Street Corner Society*, Chicago, The University of Chicago Press, 1961, p. XVI.

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. XIX.

libro. Una de ellas es preguntarse respecto al límite de la inserción. Whyte describe un episodio en el cual él mismo se encontraba hablando con acento y con términos del barrio popular al cual, finalmente, no pertenecía, y cómo esto lo llevaba no a mimetizarse sino más bien, paradójicamente, a marcar la distancia. El justo equilibrio entre observación y participación es complejo, y en todo caso un tema de autoanálisis.

En otro episodio, el autor reflexiona con una sinceridad que no abunda entre los sociólogos, en torno a su poca claridad sobre su objeto de estudio. Narra cómo muchas de sus observaciones no tenían sentido, o más bien no estaban articuladas, y cómo la maduración de una idea toma tiempo: “No pensamos por lo general los problemas siguiendo una línea recta. Tenemos a menudo la experiencia de estar sumergidos en una masa de datos confusos”.<sup>11</sup> Construir un problema sociológico, más allá de la primera observación periodística, puede llevar años, por supuesto muchos más del tiempo de la beca asignada para el estudio. Por eso, “el estudio de una comunidad o una organización no tiene punto final lógico”,<sup>12</sup> o como decía un profesor: una tesis no se termina, se defiende.

El contacto regular con la población implica largos intercambios con personas clave del lugar. Whyte describe su relación con Doc, pero además de presentarlo como una de las personas clave, cuenta el proceso analítico que el propio Doc vive, lo que lo conduce a mirar las cosas de otro modo. Incluso confiesa que en algunos lugares de su texto, es difícil diferenciar las ideas suyas de las de Doc.

Insertarse en una comunidad popular y en sus redes de violencia implica plantearse la pregunta —que acompaña desde siempre a la sociología— sobre la política y el rol del investigador. Whyte dice con claridad que su vocación era comprender y “construir una sociología basada en la observación de acontecimientos interpersonales”;<sup>13</sup> es una apuesta teórica y metodológica, pero a la vez una posición política: escribir y explicar —sugiere este autor— es una manera de intervenir. El trabajo de Whyte refuerza una manera de trabajar en sociología tomándose las cosas con calma, de-

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 279.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 324.

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 358.

jando que el tiempo esté de nuestro lado, sumergiéndose en la complejidad de los hechos sociales y mirando desde el comportamiento de los individuos.

Luego transito por el estudio de Anderson, *On Hobos and Homelessness*.<sup>14</sup> Me llama mucho la atención su forma de inaugurar un método de conocimiento basado en la participación, la observación y la descripción del mundo vivido “sin mediación”.<sup>15</sup> Participar y observar para Anderson forman parte del proceso de entender, por lo que la propia trayectoria se convierte en una fuente analítica de riqueza mayor.

Cuando Anderson repasa los aportes de la época sobre el obrero temporal, afirma que “nadie lo ha conocido como yo lo conocí”,<sup>16</sup> porque, habiendo él mismo pasado por esa condición laboral, puede dar cuenta de aspectos ocultos destruyendo los estereotipos. Por su acercamiento metodológico puede percibir “su condición, reproducir sus historias, reconocer sus emociones y ética”.<sup>17</sup> Por ello tiene pasajes extensos donde describe el espacio de vida de los *hobo* de manera detallada, su relación con el mundo laboral, su idea del tiempo. Observar desde dentro al *hobo* le permite afirmar que se trata de una situación frente al trabajo propia de la sociedad estadounidense, tan fundamental como la ampliamente difundida imagen del *cowboy*; descubre que no es un disfuncionamiento sino un producto y la base de la sociedad industrial estadounidense de inicios de siglo XX.

La inquietud intelectual de Anderson va más lejos: “nuestra tarea es el estudio y comprensión de la comunidad moderna y su forma de vida”,<sup>18</sup> lo que lo lleva a una caracterización sobre el hombre urbanizado como alguien que vive un constante ajuste a lo nuevo y a los cambios.<sup>19</sup> Así, la reflexión del autor termina siendo uno de los aportes a la sociología urbana del siglo pasado.

La lectura de estos dos autores me hizo comprender la importancia de la Escuela de Chicago no sólo por su interés en lo urbano

<sup>14</sup> Niels Anderson, *On Hobos and Homelessness*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.

<sup>15</sup> Raffaele Rauty, “Introduction”, en *ibid*, p. 4.

<sup>16</sup> Niels Anderson, *On Hobos and Homelessness*, *op. cit.*, p. 25.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 5.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 268.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 269.

sino, sobre todo, por su relación con el trabajo cualitativo de campo y, por tanto, con la antropología. En un repaso por la obra de Everett Hughes que realiza Jean Michel Chapoulie, apunta cómo en las primeras intenciones de estudiar la sociedad con métodos empíricos, lo que primó fue el uso de datos estadísticos, pero “no se contemplaba la recolección de evidencias a través de observación directa”.<sup>20</sup> Los datos empíricos eran considerados demasiado susceptibles de intensa carga subjetiva, por tanto excluidos para ser tomados en cuenta con fines científicos. Se dejaba a otros profesionales —como periodistas, funcionarios públicos, trabajadores sociales, etcétera.— que los recolectaran para sus propios intereses. La discusión en el mundo académico de entonces giraba alrededor de la naturaleza del dato y las estrategias de su recolección con fines científicos. Parte del mérito del Departamento de Sociología de la Universidad de Chicago es ser “el primer grupo académico que desarrolla investigaciones empíricas utilizando la observación *in situ*”.<sup>21</sup>

Hay que recordar que el pilar de esa academia fue el trabajo de etnografía urbana particularmente impulsado por Robert E. Park y Ernest W. Burgess, quienes entre 1917 y 1942 dirigieron —y prologaron— más de una veintena de tesis de doctorado a menudo publicadas por la propia Universidad de Chicago. La base de los estudios era realizar etnografías enfocándose en las “interacciones ‘cara-a-cara’ que suceden diariamente en localidades específicas”, particularmente urbanas.<sup>22</sup>

Como bien explica Ulf Hannerz, uno de los más influyentes pensadores fue William Isaac Thomas, quien “insistía en una investigación empírica sistemática” poniendo atención en “la necesidad de entender el punto de vista del participante”, para lo cual era muy útil observar múltiples materiales, entre ellos documentos personales como diarios, cartas, autobiografías, etcétera. Él mismo cuenta cómo en su propio trabajo, encontrarse accidentalmente con una narración autobiográfica en una carta personal le permitió

<sup>20</sup> Jean Michel Chapoulie, “Everett C. Hughes and the Development of Fieldwork in Sociology”, en Alan Bryman (ed.), *Ethnography*, vol. 1, Londres, Sage, 2001, p. 177.

<sup>21</sup> *Idem.*

<sup>22</sup> Mary Jo Deegan, “The Chicago School of Ethnography”, en Paul Atkinson *et al.*, *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, 2001, p. 11.

entender lo que por otro camino hubiera sido más difícil.<sup>23</sup> En dirección complementaria, es clave la insistencia de Park —a quien Thomas introdujo en Chicago— en el sentido de que en las investigaciones se debe poner atención en las diferentes formas, posiciones y funciones de la cotidianidad:

[...] la dependienta, el policía, el vendedor ambulante, el taxista, el guardia nocturno, el clarividente, el artista de revista o variedades, el curandero, el barman, el jefe de pabellón, el esquirol, el agitador sindicalista, el maestro de escuela, el reportero, el agente de bolsa, el prestamista: todos ellos son productos característicos de las condiciones de la vida urbana.<sup>24</sup>

Con los trabajos de la Escuela de Chicago se abre el tema de la observación directa en sociología. Inicialmente el concepto es ambiguo e impreciso, se trata más bien del resultado directo del proceso de investigación, no se cuenta con una definición rigurosa,<sup>25</sup> pero sí se advierte la posibilidad de que ésta es una ruta para producir conocimiento. En un texto publicado inicialmente en 1979, Whyte habla de “observación participante” y la define como el “investigador que participa en las actividades sociales de los sujetos que estudia por un periodo extenso de tiempo”.<sup>26</sup> No queda claro qué se entiende por “periodo extenso”, pero sí se marca una distancia con la encuesta o la entrevista puntual. La “observación participante” es un método que puede incluir múltiples herramientas, entre ellas las entrevistas con personas clave cuidando que sea “una conversación que fluya naturalmente”.<sup>27</sup>

Chapoulie define:

[...] hablo de “observación *in situ*” u “observación directa” para designar actividades de investigadores que observan personal-

<sup>23</sup> Ulf Hannerz, *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, México, FCE, 1986, p. 32.

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 36.

<sup>25</sup> Jennifer Platt, “The Development of the ‘Participant Observation’ Method in Sociology: Origin, Myth and History”, en Alan Bryman (ed.), *Ethnography*, vol. 1, Londres, Sage, 2001, pp. 143-161.

<sup>26</sup> William Foote Whyte, “On Making the Most...”, *op. cit.*, p. 162.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 163.

mente y por una temporada alguna situación o comportamiento que les interesan y que no están reducidas a la comprensión de la situación o del comportamiento sólo a través de las categorías usadas por los participantes.<sup>28</sup>

De ahí se desprenden tres ideas clave: como ya se dijo, se trata de una temporada (*extended time*); se concentra en una “situación y comportamiento”; ir más allá de las “categorías utilizadas por los participantes” (tema al que volveré más adelante). Lo clave es que este acercamiento privilegia no el estudio del dato cuantitativo, de biblioteca o de provocación artificial de situaciones (como la “intervención sociológica” de Touraine), sino más bien busca focalizarse en la “acción colectiva y el proceso social que puede ser comprendido, en parte, a través de la interacción directa”.<sup>29</sup> Se trata de una forma de sociología de la acción que se ocupa de la acción misma, en el momento en que sucede.

Esta discusión condujo a la Escuela de Chicago a un diálogo fecundo, ya en los años veinte, con la antropología. De hecho el acercamiento entre ambas disciplinas fue intenso y en varias dimensiones. Su separación administrativa en la Universidad de Chicago fue recién en 1928, lo que no impidió un fecundo intercambio. El propio Park valoraba desde sus primeros textos de 1915 el método antropológico:

La antropología, la ciencia del hombre, se ha preocupado sobre todo, hasta ahora, por el estudio de los pueblos primitivos. Pero el hombre civilizado es un objeto muy interesante de investigación, y, al mismo tiempo, su vida está más abierta a la observación y el estudio. La vida y la cultura urbanas son más variadas, matizadas y complicadas; pero los motivos fundamentales en ambos casos son los mismos. Los mismos pacientes métodos de observación que antropólogos como Boas y Lowie han empleado en el estudio de la vida y maneras de los indios norteamericanos podrían ser empleados, incluso más fructíferamente en la investigación de las costumbres, creencias, prácticas sociales y concepciones generales de la vida que prevalecen en la Pequeña Italia, sita en

<sup>28</sup> Jean Michel Chapoulie, “Everett C. Hughes and the Development...”, *op. cit.*, p. 178.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 179.

el lado norte inferior de Chicago, o en el registro de las complejas formas folklóricas de los habitantes de la Greenwich Village y alrededores de la Plaza Washington, en Nueva York.<sup>30</sup>

Tampoco es un dato menor el que, en la misma época, como lo señala Wacquant, en Francia la escuela durkheimiana (pensando particularmente en Mauss) se encargara de sostener estimulantes debates interdisciplinarios.<sup>31</sup> Posteriormente, los puentes entre la sociología y la antropología fueron poco fomentados salvo en contadas iniciativas y autores, notablemente, por ejemplo, en el trabajo de Pierre Bourdieu, para quien la división entre ambas es simplemente burocrática y quien, según Wacquant, sería el “primer académico que realmente reúne sociología y antropología en su práctica desde la generación de los clásicos”.<sup>32</sup>

De acuerdo con los países y contextos, cada disciplina adquiriría sus propias rutas. Incluso existe un interesante pasaje donde Evans-Pritchard cuenta que a menudo le preguntan los estudiantes la diferencia entre sociología y antropología, y particularmente por qué en su trabajo etnográfico no usaba las técnicas de los sociólogos, como cuestionarios, entrevistas, encuestas o estadísticas. Su respuesta es muy operativa pensando en su trabajo de campo: siendo que él estudia ámbitos rurales y “pueblos primitivos”, sería imposible y torpe introducir otros elementos más que su propia observación y memoria; incluso tiene la “regla de nunca llevar consigo una libreta de anotaciones en público”.<sup>33</sup> Lo curioso es que su respuesta no es epistemológica sino funcional, prisionera de su objeto de estudio y de la forma típica como se hacía antropología en la época. Años más tarde una amplia bibliografía mostró que el trabajo etnográfico puede tener otras características, y la respuesta de Evans-Pritchard a la misma pregunta sería, seguramente, distinta.

<sup>30</sup> Ulf Hannerz, *Exploración de la ciudad...*, *op. cit.*, p. 42.

<sup>31</sup> Loïc Wacquant, “Ethnografeast: A Progress Report on the Practice and Promise of Ethnography”, en *Ethnography*, vol. 4, núm. 1, 2003, pp. 5-14.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 8.

<sup>33</sup> Edward E. Evans-Pritchard, “Some Reminiscences and Reflections on Fieldwork”, en Alan Bryman (ed.), *Ethnography...*, *op. cit.*, p. 74. Originalmente publicado en *Journal of the Anthropological Society of Oxford*, vol. 4, 1973, pp. 1-12.

A estas alturas, la antropología ha podido sacudirse de las improntas de su propio nacimiento y mirar más allá de lo que inicialmente fue su foco de atención; así, “ya no está obligada al estudio de las sociedades en vías de desaparición, su objetivo intelectual es, en un modo a la vez más preciso y más amplio, el estudio de las relaciones simbolizadas e instituidas entre individuos, configuradas de manera que puedan tomar forma dentro de contextos más o menos complejos”.<sup>34</sup>

Precisamente en esa dirección, a finales del siglo XX y principios del XXI varios autores empiezan a reconstruir los lazos presentando investigaciones que tocan las fronteras e invitan a repensarlas, por ejemplo Bourgois,<sup>35</sup> Venkatesh,<sup>36</sup> Wacquant,<sup>37</sup> Khan,<sup>38</sup> etcétera. En los estudios se replantean las formas tradicionales de la etnografía desde la sociología y viceversa. La amplia literatura parece indicar que se empiezan a construir nuevos vínculos. No deja de ser un indicador que varios departamentos de sociología en universidades estadounidenses tengan cursos, talleres y seminarios sobre etnografía. Y más, uno de los grupos de investigación de la Universidad de Columbia sobre etnografía se presenta así: “Etnografía —o trabajo de campo— es un método sociológico que explora cómo la gente vive y crea sentido en sus vidas en lugares específicos [...]”.<sup>39</sup>

Particularmente, el coloquio organizado por Loïc Wacquant en 2002 en la Universidad de California, Berkeley, propone reflexionar sobre *La etnografía en el nuevo siglo*. Los tres ejes del encuentro son la discusión sobre las tradiciones nacionales y la ignorancia e imperialismo simbólico que fomentan, la separación de las disciplinas y la diversidad de los *estilos* del trabajo etnográfico. Los organizadores se esfuerzan por proponer una reflexión rigurosa y

<sup>34</sup> Marc Augé, *El oficio de antropólogo. Sentido y libertad*, Barcelona, Gedisa, 2007, p. 32.

<sup>35</sup> Philippe Bourgois, *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

<sup>36</sup> Sudhir Venkatesh, *Floating City*, Nueva York, The Penguin Press, 2013 y Sudhir Venkatesh, *Gang Leader for a Day*, Nueva York, The Penguin Press, 2008.

<sup>37</sup> Loïc Wacquant, *Entre las cuerdas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

<sup>38</sup> Shamus Khan, *Privilege. The Making of an Adolescent Elite at St. Paul's School*, Oxford, Princeton University Press, 2011.

<sup>39</sup> Columbia University, Department of Sociology, disponible en <www.sociology.columbia.edu>, consultado el 9 de abril de 2014.

fecunda sobre antropología y sociología teniendo como foco de atención la práctica de campo, sus dilemas y dificultades, no colocando cada disciplina “frente a la otra sino al lado de la otra”. Se trata de superar el persistente “desprecio, la desconfianza y la duda”, quitarse las vendas impuestas por cada una y volver al rutinario y cotidiano intercambio que se tenía entre ambas perspectivas gemelas desde los tiempos de Durkheim.<sup>40</sup>

Wacquant sugiere volver al trabajo de campo como un lugar de reflexión que vaya más allá de la artificial y administrativa división que encasilla al antropólogo en lo local y al sociólogo en lo global.<sup>41</sup> La impronta del coloquio es impulsar el “vigoroso y riguroso diálogo entre sociología y antropología y pluralismo en géneros y teorías [...]”. Estimular y difundir el trabajo innovador, sellado por la sensibilidad teórica, el compromiso empírico y la relevancia cívica.<sup>42</sup> Este diálogo con múltiples entradas y horizontes me lleva a detenerme en algunos puntos propios de la tradición antropológica y elaborar...

#### APUNTES PARA UNA SOCIOLOGÍA ETNOGRÁFICA

Como bien señala Wacquant,<sup>43</sup> en la actualidad los *estilos* etnográficos son diversos y se dirigen en múltiples direcciones —precisamente ahí radica su riqueza. La constatación ya la hacía Bryman en la introducción a un voluminoso libro sobre etnografía que trataba de recoger el debate.<sup>44</sup> Sin embargo, a pesar de la diversidad existen algunos puntos de encuentro básicos, para lo cual parece pertinente acudir a una cita clásica de Boas en 1920:

[...] el método que tratamos de desarrollar se basa en el estudio del dinamismo de los cambios en la sociedad que puede ser observado en el tiempo presente. Nos abstenemos de tratar de resolver el problema fundamental o general del desarrollo de una

<sup>40</sup> Loïc Wacquant, “Ethnografeast...”, *op. cit.*, p. 6.

<sup>41</sup> *Idem.*

<sup>42</sup> *Ibid.*, pp. 6-7.

<sup>43</sup> Loïc Wacquant, “Ethnografeast: A Progress...”, *op. cit.*

<sup>44</sup> Alan Bryman, *Ethnography...*, *op. cit.*, p. X.

civilización hasta desenmarañar el proceso que atraviesa por nuestros ojos.<sup>45</sup>

Lo clave de este principio inicial de la etnografía está en remarcar el interés por el dinamismo, los cambios, las transformaciones en una sociedad específica, observable directamente —“frente a nuestros ojos”— y en la cual podemos encontrar las tensiones globales de la sociedad en su conjunto. Marc Augé abundará años más tarde sobre la importancia del *tête-à-tête*: “El oficio del antropólogo es un oficio del frente a frente y del presente. No hay antropólogo, en el sentido amplio del término, que no lleve consigo la actualidad de sus interlocutores”.<sup>46</sup>

A la vez, el problema de la microobservación y la macroconclusión —sugerida por Boas en el párrafo citado— es retomado en las distintas tradiciones posteriores de diferentes maneras. Para Geertz el antropólogo llega a análisis abstractos “partiendo de los conocimientos extraordinariamente abundantes que tiene de cuestiones extremadamente pequeñas”.<sup>47</sup> Augé abunda:

Nuestros interlocutores son individuos. Nosotros somos individuos. Pero nos interesamos por sistemas, culturas [...] y sin embargo nunca perdemos de vista la ambición de la antropología física y de la antropología filosófica que, cada una en su ámbito, tienen como objetivo el estudio del hombre en general, del hombre genérico.<sup>48</sup>

En términos mucho más concretos, como resultado de su propia investigación sociológica al observar un barrio marginal en Chicago —al que me referiré adelante—, Venkatesh manifiesta la tensión entre lo local y lo global:

La cuestión clave es cómo se puede construir un marco para la comprensión de los patrones en un nivel local, que en sí mismos pueden estar formados por fuerzas que emanan de la sociedad

<sup>45</sup> Franz Boas, “The Methods of Ethnology”, en *American Anthropologist*, vol. 22, núm. 4, octubre-diciembre, 1920, p. 316.

<sup>46</sup> Marc Augé, *El oficio de antropólogo...*, op. cit., p. 20.

<sup>47</sup> Cliford Geertz, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2013, p. 33.

<sup>48</sup> Marc Augé, *El oficio de antropólogo...*, op. cit., pp. 10-11.

en general [...]. Sabemos que el comportamiento local está conformado por fuerzas abstractas, tales como los cambios en el “mercado” y la reestructuración del “capitalismo global”, pero estudiar esta interacción de manera práctica no es en absoluto una tarea sencilla, sobre todo a través de una etnografía cuyo campo de observación puede ser circunscrito, por ejemplo, a un grupo o a la esquina de una calle.<sup>49</sup>

Otro elemento capital y uno de los ejes de la antropología es la escritura, por las distintas implicaciones que conlleva. Bien se pregunta Geertz: “¿qué hace el etnógrafo?: el etnógrafo escribe”.<sup>50</sup> Pero no lo hace como el cronista, el periodista o el literato. ¿En qué se diferencia? ¿Cuál es la frontera? ¿Cuál la distancia entre una obra antropológica y una literaria? ¿Entre Monsiváis y García Canclini?

Aunque la respuesta no es fácil, Geertz acota la intención de la antropología —y por tanto de su escritura—: “el análisis de la cultura ha de ser por tanto, no una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones”.<sup>51</sup> Todo el trabajo de campo, la observación sistemática, las genealogías, el diario, etcétera, son insumos para encontrar las significaciones, la “jerarquía estratificada de estructuras significativas atendiendo a cuáles se producen, se perciben y se interpretan”.<sup>52</sup>

El trabajo analítico no consiste en la reproducción de una realidad o la de su amplificación para que sea conocida por otro público. Tampoco en la fabulación. El analista no es un *sociógrafo*, no es responsable de elaborar monografías, de “fotografiar” —en el sentido más limitado del término— lo que observa, sino en interpretar las interpretaciones “de otras personas sobre lo que ellas y sus compatriotas piensan y sienten”.<sup>53</sup> Así, “los escritos antropológicos son ellos mismos interpretaciones y por añadidura interpretaciones de segundo y tercer orden”.<sup>54</sup> “[...] el análisis —concluye Geertz— consiste pues en desentrañar las estructuras de signifi-

<sup>49</sup> Sudhir Venkatesh, *American Project*, Harvard, Harvard University Press, 2002, p. 282.

<sup>50</sup> Clifford Geertz, *La interpretación...*, *op. cit.*, p. 31.

<sup>51</sup> *Ibid.*, p. 20.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 22.

<sup>53</sup> *Ibid.*, p. 23.

<sup>54</sup> *Ibid.*, p. 28.

cación [...] y determinar su campo social y su alcance”,<sup>55</sup> a lo que llama “descripción densa”.

Muy bien sostiene Augé que la escritura en antropología es fundamental porque en ella se construye una narración nueva, resultado de una observación sistemática en el seno de una pregunta de investigación, que reelabora una narración cuyo responsable es el propio escritor y su observación:

La cuestión de la escritura no es ni accesoria ni periférica. Radica en el corazón de la disciplina antropológica. Al escribir, el antropólogo presenta ante otros la realidad que describe; la transforma en un objeto antropológico que expone para una discusión y que propone para la comparación. Se ve de esa forma obligado a sistematizar datos que, en la vida diaria, se presentan de manera dispersa y discontinua, a solicitar que sus interlocutores establezcan relaciones que no hubiesen establecido anteriormente por sí mismos o a inferirlas él mismo. Así, los datos que se encuentran en ciertos textos antropológicos muchas veces no existen en las sociedades reales más que de forma virtual. En definitiva, el antropólogo suele construir una coherencia de la que está seguro que es subyacente a los hechos, pero que conserva sin embargo el carácter de una hipótesis inductiva; literalmente, no hay nada que traducir. El antropólogo no traduce, traspone. Y en mi opinión tiene razón al hacerlo.<sup>56</sup>

Un tema importante en el desafío de la escritura antropológica es el tiempo. Geertz muestra que en el trabajo de investigación, las cosas están “superpuestas o entrelazadas entre sí”, todo sucede a la vez mientras el etnógrafo está ahí y “debe ingeniarse de alguna manera, para captarlas primero y para explicarlas después”.<sup>57</sup> Aunque no se trate de una ley de hierro, el programa tiene dos momentos que, aunque en ocasiones se entrecrucen, conviene separarlos.

Evans-Pritchard sostiene un argumento radical respecto de esta separación entre la observación y la posterior escritura; sólo así, y salvando las dificultades que ello implica —dirá este autor— se puede aportar sustantivamente:

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 24.

<sup>56</sup> Marc Augé, *El oficio de antropólogo...*, *op. cit.*, pp. 51-52.

<sup>57</sup> Clifford Geertz, *La interpretación...*, *op. cit.*, p. 24.

La importancia de una base sólida en teoría general comienza a revelarse cuando el investigador retorna a su casa para escribir un libro sobre la gente que ha estudiado [...]. La batalla decisiva no se la encuentra en el terreno sino en el estudio posterior. Cualquiera que no sea completamente idiota puede hacer trabajo de campo [...]. Cualquiera puede producir un nuevo hecho; la cosa es producir una nueva idea.<sup>58</sup>

Y claro, una “idea nueva” sólo podrá ser el resultado de

[...] un riguroso entrenamiento en teoría general antes de la investigación de campo, para poder saber cómo y qué observar, qué es significativo a la luz de la teoría [...]. Se debe saber con precisión qué se busca, lo que sólo se puede adquirir a través de un entrenamiento académico sistemático en antropología social.<sup>59</sup>

Y luego de este recorrido, ¿en qué quedamos con la práctica etnográfica? De los múltiples acentos, me quedo con la definición sintética e ilustrativa de Venkatesh:

Etnografía general se refiere a la colección de información sobre el comportamiento de los actores en contextos concretos, por un periodo prolongado de tiempo. El etnógrafo es el que sabe “pasar el rato” con la gente. La etnografía es el arte de sacar a relucir la riqueza de la vida de las personas y el análisis de su complejidad de una manera integral.<sup>60</sup>

Y retomo...

#### EL SENDERO SUGERENTE DE SUDHIR VENKATESH

Por ser un sociólogo creativo y elegante.<sup>61</sup> Hijo de una familia india que emigró a Estados Unidos, estudió primero matemáticas en la

<sup>58</sup> Edward E. Evans-Pritchard, “Some Reminiscences...”, *op. cit.*, p. 71.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 69.

<sup>60</sup> Sudhir Venkatesh, *American...*, *op. cit.*, p. 281.

<sup>61</sup> El apartado referido a Venkatesh fue publicado en Hugo José Suárez, “La sociología etnográfica de Sudhir Venkatesh”, en *Cultura y Representaciones Sociales*, año 9, núm. 17, septiembre, México, 2014, pp. 227-232.

perspectiva de encontrar trabajo más fácilmente, pues como familia foránea no tenía conexiones que pudieran asegurarle bienestar. Pero la sociología lo sedujo y quedó atrapado en sus redes con el riesgo de que la vida le pasase la factura años más tarde cuando no encontrara un empleador. Continuó con un posgrado en la Universidad de Chicago, donde se doctoró conducido por William Julius Wilson, profesor especialista en pobreza urbana.

Venkatesh asume la tarea de escribir bien. Sus libros son una invitación a pensar y una presentación de datos tejidos en una narrativa seductora que atrapa al lector. No da la impresión de estar leyendo a un sociólogo que comparte su investigación científica, sino a un contador de historias. De hecho, el formato de presentación es distinto: tanto *Líder de una pandilla por un día*,<sup>62</sup> como *Ciudad flotante*<sup>63</sup> contienen ocho capítulos de 20 a 30 páginas, sin introducción ni conclusiones. Cada capítulo tiene solamente el título principal, no hay subtítulos ni otras divisiones internas. Las páginas no están atiborradas de referencias a sociólogos, salvo puntuales menciones a sus profesores consentidos. En *Ciudad flotante* evoca una vez a Pierre Bourdieu y una a Clifford Geertz. La casa editorial no es ninguna reconocida universidad —que son las encargadas de arbitrar y legitimar lo que se considera ciencia social en Estados Unidos—, sino una prestigiosa editora comercial. No presenta formalmente un problema ni desarrolla una hipótesis explícitamente; cuenta experiencias, y en ellas entreteje el problema, la hipótesis, la pregunta. No hay ni un solo cuadro o gráfico estadístico, ni un pie de página, ni una nota, un anexo metodológico. Vaya, ni siquiera bibliografía. ¿Puede ése considerarse un producto científico o se trata de un académico haciendo maromas en el pantanoso terreno de la literatura?

Sin duda ésa será una de las polémicas que este autor sugiere. En la segunda obra, Venkatesh advierte que “la mayor parte de este libro no es apropiada para las publicaciones académicas de ciencias sociales”,<sup>64</sup> y sugiere a sus lectores encontrar los resultados de la “investigación formal” en otras publicaciones (por ejemplo en el texto *American Project*, de 2002 (donde se deja ver a un estudiante

<sup>62</sup> Sudhir Venkatesh, *Gang Leader...*, *op. cit.*

<sup>63</sup> Sudhir Venkatesh, *Floating...*, *op. cit.*

<sup>64</sup> *Ibid.*, p. 278.

de doctorado tratando de convencer a su comisión y respetando todas las formalidades universitarias). Pero cualquier lector sensible entiende bien el juego. No se trata de escribir una novela, está haciendo sociología de otra manera.

En su esfuerzo por escribir bien, Venkatesh no oculta la debilidad de sus datos o análisis. Asume la etnografía como su estrategia metodológica y todo lo que presenta es el resultado de una profunda y prolongada inserción en el terreno. Su trabajo de campo es minucioso, extensivo y sistemático. Lo interesante es que, como buen etnógrafo, se esfuerza en reconstruir una narración posterior a su observación donde ingresa su historia personal, sus experiencias, sus hallazgos, sus dilemas, sus dudas. Habla en primera persona, pone su nombre “Sudhir” en múltiples ocasiones. Al leerlo, uno puede tanto comprender más y mejor el tema específico que está tratando, como ver al investigador en su propia búsqueda con errores, aciertos y decisiones que tomar en pleno camino.

El autor reconoce su vocación como “etnógrafo”, “que es una palabra elegante para un sociólogo que pasa gran parte de su tiempo mirando a la gente en su vida cotidiana, pasando el rato, para ser precisos, en oposición al uso de una encuesta o poniendo preguntas como periodista”.<sup>65</sup> Por ello advierte que lo que presenta es una “memoria de sus experiencias”<sup>66</sup> basadas en notas de campo, diario personal, periódicos o simplemente en la memoria. Reconstruye todo, cambia nombres y lugares —para proteger a los protagonistas—, pero todo, “personas, lugares e instituciones son reales; no son composiciones, no son ficción”.<sup>67</sup> Retoma el principio testimonial de la etnografía: él estuvo ahí, vio y vivió —desde su experiencia subjetiva pero con intención analítica— lo que está escribiendo. Y con eso devuelve el debate —lamentablemente abandonado en algunos contextos académicos— entre literatura y antropología, entre crónica y sociología, entre memoria e historia.

Y de fondo quedan las preguntas: ¿para quién escribimos? ¿Cuál es el público que debe leer a los académicos? ¿Las comisiones evaluadoras y los tribunales de distribución de prestigio y posiciones profesionales? ¿Las editoras comerciales? ¿El “gran público” (o lo

<sup>65</sup> *Ibid.*, p. 1.

<sup>66</sup> *Ibid.*, p. 278.

<sup>67</sup> Sudhir Venkatesh, *Gang Leader...*, *op. cit.*, p. 285.

que ello signifique)? Venkatesh retoma el dilema clásico: “si mucha gente puede leer tu trabajo, no debe ser muy bueno”, lo que puesto en términos de carrera significa que si no se convence a una comisión, por más de tener centenas de lectores, no se obtendrá un puesto. Su salida es seguir su propia ruta consciente de que “sólo a través de una observación sistemática y cuidadosa se puede aprender lo que sucede en el mundo”.<sup>68</sup> A la vez, aprende de su profesor William Wilson que la rigurosidad científica no está peleada con la estrategia de comunicación al público más amplio: “tienes que escribir bien, tienes que contar una historia”.<sup>69</sup> Su intención entonces es que su libro llegue tanto al operador del metro como a un funcionario de gobierno.

En términos de contenido, Venkatesh está interesado en las comunidades urbanas marginales, las pandillas, la pobreza, la drogadicción, la prostitución, el narcomenudeo. Toca las fronteras más crudas de la sociedad estadounidense actual y las coloca en la agenda de discusión pública, pero no lo hace desde la estadística o desde las proyecciones macroeconómicas, sino más bien concentrándose en los individuos inmersos en el proceso: cómo viven diariamente su vida, cómo pertenecen o dejan de pertenecer a una banda que vende droga, cómo y cuánto ganan, en qué invierten, cuál es su mundo y su sentido de existencia.

El primer acercamiento a su tema de estudio en un barrio popular en Chicago es particularmente revelador de su opción metodológica. Tenía que aplicar un cuestionario que buscaba entender la autopercepción, y la pregunta era: “¿cómo se siente ser negro y pobre?”. Las respuestas estaban dadas: “Muy mal, algo mal, ni bien ni mal, algo bien, muy bien”. Cuando luego de atravesar peligrosos pasillos en un edificio de departamentos encuentra a alguien a quien aplicar la encuesta, al escuchar la interrogante la reacción fue: “*Fuck you!*”, “¿es una jodida broma?”.<sup>70</sup> En esa ocasión salvar la encuesta no fue tan importante como salvar el pellejo. La pandilla entera lo amenazó y estuvo a punto de terminar no sólo con su carrera sino con su vida. Era claro que la investigación iba a requerir un serio ajuste. De esa forma construye una red de amistad

<sup>68</sup> Sudhir Venkatesh, *Floating...*, *op. cit.*, p. 28.

<sup>69</sup> *Ibid.*, p. 29.

<sup>70</sup> Venkatesh, *Gang Leader...*, *op. cit.*, p. 14.

directa con el grupo y las personas del barrio, tanto que en algún momento llega a ser el líder de la pandilla por un día, lo que da el título a un capítulo y al libro de 2008. Sólo este acercamiento le permitiría dar cuenta de lo que otros no percibieron del negocio de las bandas, seguir siendo un *outsider* pero que “mira la vida del grupo desde el interior”.<sup>71</sup>

Su estudio en Chicago lo lleva a cabo especialmente estableciendo una profunda amistad con J.T., el líder de una pandilla con quien comparte desde lazos familiares hasta la cotidianidad del negocio ilegal. La cercanía le permite explicar el rol que juegan las pandillas en el barrio, estas microempresas que administran dinero, prestigio, ilusiones, necesidades y poder, y que asumen uno de los rostros que el capitalismo actual oculta, aunque sean su producto y, en cierto sentido, su base. Ciertamente, como lo subraya su profesor Wilson, el análisis de Venkatesh, a pesar de centrarse en un barrio de Chicago y en él en una persona (el líder de la pandilla), no queda atrapado en sus especificidades, sino que “inextricablemente se vincula con las transformaciones económicas y sociales de la sociedad en su conjunto”.<sup>72</sup>

El libro sobre la *Ciudad flotante* tiene otras características. Venkatesh se traslada a Nueva York porque es contratado en el Departamento de Sociología de la Universidad de Columbia, lo que es un ascenso en su trayectoria profesional. Pero el desafío ahora es consolidar su posición académica —a la que en México le decimos “definitividad”. En buena medida, el texto es el resultado de esa investigación, y muestra, con la transparencia que lo caracteriza, las tensiones y exigencias institucionales en las que está inserto. Pero nuevamente no se deja atrapar por ellas, sino que más bien saca casi lúdico provecho.

Como siempre, empieza su primer capítulo contando la impactante e intensa vida de una traficante de crack en Harlem. Rápidamente una de sus primeras revelaciones es que, si quiere estudiar el mundo de la economía subterránea neoyorquina, debe abandonar el esquema analítico de Chicago que se concentraba en la observación del barrio y las segregaciones de raza y clase que operan en

<sup>71</sup> *Ibid.*, p. XIV.

<sup>72</sup> William Wilson, “Foreword”, en Sudhir Venkatesh, *American...*, *op. cit.*, p. XI.

él. El desafío sociológico es doble: se requiere otro esquema conceptual que piense el problema más allá del barrio, y un nuevo método de inmersión no anclado territorialmente.<sup>73</sup> La gente en Nueva York, reflexiona el autor, “está en movimiento, eso los define, su verdadera comunidad es la suma de todas las relaciones que han ido forjando, los muchos lazos sociales que cruzan el territorio de la ciudad”, lo que lleva, claro está, a dejar de lado las áreas geográficas como “unidades urbanas primordiales de la socialización”.<sup>74</sup>

Salir de la sociología del barrio como unidad analítica lo lleva a pensar en las “redes de significación”, citando —por única vez, como lo dije— el concepto de Geertz. Confiesa el autor que esta idea, todavía abstracta, que era un poco más que una intuición, lo llevó a pensar mejor en la pregunta que lo iría acompañando en el futuro. Su estudio entonces termina mostrando la manera como la economía subterránea —en su forma de prostitución, drogas, migración, comercio ilegal, etcétera— es administrada y llevada a cabo por una serie de individuos que, con base en sus relaciones transterritoriales —incluso más allá de la clase social y de la raza—, circulan en una ciudad y economía flotante que toca fronteras, reconstruye conceptos y límites. Eso lo lleva a proponer una nueva sociología del movimiento, de las redes y nuevas formas de la economía y el trabajo en una ciudad como Nueva York. Como decía, Sudhir es un sociólogo elegante en su presentación y creativo en su análisis, y su ruta de lo que podríamos denominar una sociología etnográfica.

#### PARA CERRAR

Debo volver a traer la intención inicial de este texto que comenzó con una narrativa autorreferida cuyo objetivo ha sido compartir una búsqueda intelectual, exponiendo los dilemas y tensiones propias del quehacer investigativo y cómo el acercamiento a la etnografía me permite pensar las cosas desde otro lado. El objetivo ha sido sacar provecho de las reflexiones y lecturas encaminadas a un nuevo de-

<sup>73</sup> Sudhir Venkatesh, *Floating...*, *op. cit.*, p. 24.

<sup>74</sup> *Idem.*

safo analítico, que es indagar las transformaciones culturales en el ámbito urbano paceño en los últimos años. Este recorrido me lleva a subrayar algunos aspectos como puntos de referencia que ayudan a enmarcar una agenda metodológica.

Un primer elemento es la constante tensión entre el análisis concreto, la interacción con el proceso global y el desafío de teorizar a partir de la observación empírica. Ya Bourdieu señalaba con mucha claridad que es en la minuciosidad del estudio empírico donde se deben jugar los conceptos y las explicaciones teóricas.<sup>75</sup> Ese legado bourdieuneano implica una obsesiva, sistemática y rigurosa inmersión en “la realidad” —científicamente construida—, desde donde podemos pensar mejor.

Un segundo punto es encarar el tema de la subjetividad del investigador no confiado en la eficacia de los procedimientos metodológicos (cuantitativos o cualitativos) sino más bien haciendo explícitas las dudas y posiciones, discutiéndolas tanto en el texto como en el terreno y con colegas que permitan administrarlas mejor. Pero a la vez —es un tercer punto—, la observación debe saber capitalizar todo lo que está a su alcance con fines analíticos, desde datos estadísticos hasta comentarios de café. Así, la memoria, el encuentro azaroso, la publicación, el archivo, la conversación, la fotografía, y un largo etcétera, pueden ser insumos que colaboren a explicar el problema que nos hemos planteado.

Retomando la sugerencia de Park cuando decía que el sociólogo debe entrar a palacios y chozas, y la de Berger al afirmar que debemos leer las cartas ajenas y mirar por el ojo de la cerradura,<sup>76</sup> todo lo que pase por nuestro cuerpo (manos, cerebro, sensaciones, sentimientos) puede ayudarnos a responder nuestra pregunta inicial. Particularmente, darle un valor fundamental a la observación de las prácticas de los actores, involucrarse en ellas para encontrarles un sentido.

Y por supuesto que finalmente, como gran enseñanza etnográfica, la escritura, la necesidad de armar una narrativa nueva poniendo atención en las significaciones o en los temas sociológicamente pertinentes, es el desafío con el que concluye este largo proceso. Es-

<sup>75</sup> Pierre Bourdieu, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 266.

<sup>76</sup> Peter Berger, *Introducción a la sociología*, México, Limusa, 1977.

cribir, crear un conocimiento nuevo, armar un nuevo relato sacando provecho analítico de todo lo observado, es nuestra manera de aportar.

#### BIBLIOGRAFÍA

- Anderson, Niels, *On Hobos and Homelessness*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.
- Augé, Marc, *El oficio de antropólogo. Sentido y libertad*, Barcelona, Gedisa, 2007.
- Auyero, Javier y Lauren Joseph, "Introduction. Politics under the Ethnographic Microscope", en Lauren Joseph, Matthew Mahler y Javier Auyero (eds.), *New Perspectives in Political Ethnography*, Nueva York, Springer Nature, 2007.
- Berger, Peter, *Introducción a la sociología*, México, Limusa, 1977.
- Biehl, Joao, *Vita. Life in a Zone of Social Abandonment*, California, University of California Press, 2005.
- Bourgois, Philippe, *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.
- Bryman, Alan, *Ethnography*, vol. 1, Londres, Sage, 2001.
- Bryman, Alan, "Introduction: A Review of Ethnography", en Alan Bryman (eds.), *Ethnography*, vol. 1, Londres, Sage, 2001.
- Boas, Franz, "The Methods of Ethnology", en *American Anthropologist*, vol. 22, núm. 4, octubre-diciembre, 1920, pp. 311-321.
- Bourdieu, Pierre, *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*, Barcelona, Anagrama, 2002.
- Catellin, Sylvie, *Sérendipité. Du conte au concept*, París, Seuil, 2014.
- Chapoulie, Jean Michel, "Everett C. Hughes and the Development of Fieldwork in Sociology", en Alan Bryman (ed.), *Ethnography*, vol. 1, Londres, Sage, 2001, pp. 176-203; originalmente publicado en *Urban Life*, vol. 15, 1987, pp. 259-293.
- Deegan, Mary Jo, "The Chicago School of Ethnography", en Paul Atkinson et al., *Handbook of Ethnography*, Londres, Sage, 2001.
- Evans-Pritchard, Edward E., "Some Reminiscences and Reflections on Fieldwork", en Alan Bryman (ed.), *Ethnography*, vol. 1, Londres, Sage, 2001, pp. 68-81; originalmente publicado en *Journal of the Anthropological Society of Oxford*, vol. 4, 1973, pp. 1-12.

- Geertz, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 2013.
- González y González, Luis, *El oficio de historiar*, México, Clío, 1995.
- Hannerz, Ulf, *Exploración de la ciudad. Hacia una antropología urbana*, México, FCE, 1986.
- Khan, Shamus, *Privilege. The Making of an Adolescent Elite at St. Paul's School*, Oxford, Princeton University Press, 2011.
- Platt, Jennifer, "The Development of the 'Participant Observation' Method in Sociology: Origin, Myth and History", en Alan Bryman (ed.), *Ethnography*, vol. 1, Londres, Sage, 2001, pp. 143-161.
- Rauty, Raffaele, "Introduction", en Niels Anderson, *On Hobos and Homelessness*, Chicago, University of Chicago Press, 1998.
- Sennett, Richard, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, Madrid, Alianza, 1994.
- Suárez, Hugo José, "Con la religión entre las manos", en Hugo Suárez y Kristina Pirker, *Sociólogos y su sociología. Experiencias en el ejercicio del oficio en México*, México, IIS-UNAM, 2014.
- Suárez, Hugo José, "La sociología etnográfica de Sudhir Venkatesh", en *Cultura y Representaciones Sociales*, año 9, núm. 17, septiembre, 2014, México, pp. 227-232.
- Suárez, Hugo José, *Un sociólogo vagabundo en Nueva York*, La Paz, Editorial 3600, 2015.
- Suárez, Hugo José, "La fiesta religiosa popular en la ciudad", en Enrique Florescano y Bárbara Santana (coords.), *La fiesta mexicana*, Ciudad de México, FCE, 2016.
- Suárez, Hugo y Kristina Pirker (comps.), *Sociólogos y su sociología. Experiencias en el ejercicio del oficio en México*, México, IIS-UNAM, 2014.
- Taussig, Michael, *I Swear I Saw This. Drawing in Fieldwork Notebooks, Namely my Own*, Chicago, University of Chicago Press, 2011.
- Venkatesh, Sudhir, *American Project*, Harvard, Harvard University Press, 2002.
- Venkatesh, Sudhir, *Gang Leader for a Day*, Nueva York, The Penguin Press, 2008.
- Venkatesh, Sudhir, *Floating City*, Nueva York, The Penguin Press, 2013.

- Wacquant, Loïc, "Ethnografeast: A Progress Report on the Practice and Promise of Ethnography", en *Ethnography*, vol. 4, núm. 1, 2003, pp. 5-14.
- Wacquant, Loïc, *Entre las cuerdas*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Whyte, William Foote, *Street Corner Society*, Chicago, The University of Chicago Press, 1961.
- Whyte, William Foote, "On Making the Most of Participant Observation", en Alan Bryman (ed.), *Ethnography*, vol. 1, Londres, Sage, 2001, pp. 162-174; originalmente publicado en *American Sociologist*, vol. 14, 1979, pp. 56-66.
- Wilson, William, "Foreword", en Sudhir Venkatesh, *American Project*, Harvard, Harvard University Press, 2002.

#### *Páginas web*

- Columbia University, Department of Sociology, disponible en <[www.sociology.columbia.edu](http://www.sociology.columbia.edu)>, consultado el 9 de abril de 2014.